

SOLEMNIDAD DE SAN PEDRO Y SAN PABLO (A)
Homilía del P. Josep M. Soler, abad de Montserrat
29 de junio de 2008
2Tm 4, 6-8

He combatido bien mi combate, he corrido hasta la meta, he mantenido la fe. Estas palabras, hermanos y hermanas, eran de la segunda lectura. Y reflejaban la vivencia de san Pablo al final de su vida. También reflejan, sin embargo, la de san Pedro: *He combatido bien mi combate, he corrido hasta la meta, he mantenido la fe.* Hoy la Iglesia celebra el martirio y, por tanto, el triunfo y el nacimiento para el cielo, de estos dos grandes apóstoles sobresalientes del Pueblo cristiano. La tradición siempre los ha considerado inseparables y complementarios. Pedro, tal como hemos oído en el evangelio, confesó su fe en Cristo y Pablo la profundizó en la reflexión. Pedro reunió la primera comunidad cristiana procedente del pueblo de Israel; Pablo fue el apóstol de los no judíos y reunió numerosas comunidades cristianas (cf. Prefacio). Cada uno tuvo su don particular, pero los dos trabajaron en la construcción del Pueblo de Dios y derramaron la sangre por causa de Jesucristo. Hoy, la Iglesia los alaba por su coraje evangelizador hasta la muerte y agradece a Dios el don tan grande que le ha hecho con estos dos apóstoles, que libraron *un buen combate*, acabaron *la carrera* después de poner su vida al servicio del Evangelio y conservaron *la fe*.

Este año, a propuesta del santo Padre Benedicto XVI se conmemora el bimilenario del nacimiento de san Pablo; ayer tarde, en las primeras vísperas de la solemnidad de hoy se inició precisamente este año paulino. Por eso os propongo fijarnos ahora en este apóstol de los pueblos para ver la motivación de su carrera de fe y de su testimonio martirial. Nuestro contexto se parece al suyo, en el sentido que el ambiente de la sociedad no es cristiano e impera el hedonismo con la búsqueda de la satisfacción de los propios deseos como camino hacia la felicidad y la realización personal, lo cual fácilmente se vuelve camino hacia el egoísmo y la servidumbre.

¿Qué nos aporta san Pablo para vivir el Evangelio y ser testigos? En primer lugar, una profunda convicción de que Dios por la cruz de Jesucristo nos ha liberado, nos ha llevado a la condición de hijos suyos. Lo ha hecho restaurando lo que nuestra debilidad y nuestro pecado habían estropeado. En segundo lugar, nos enseña a vivir una relación personal con Jesucristo de manera íntima, hecha de una compenetración profunda de la inteligencia y del corazón, que lleva a vivirlo todo junto con él, presente en cada bautizado. Para san Pablo, *vivir es Cristo* (cf. Ga 2, 20). En otras palabras, vivir es dejarse invadir por él, que está Vivo, como fuente de alegría, de paz, de libertad, de amor, de compromiso a favor del Evangelio y, por lo tanto, de las personas. Eso lleva a no vivir ya para sí mismo sino a querer pertenecer para siempre a Cristo, que es el Señor, el absoluto que da sentido a la vida. La compenetración que el cristiano está llamado a tener con Jesucristo es tan grande, que Pablo lo expresa siempre con formas que suponen compartirlo todo íntimamente con Cristo, hacerlo todo por él y con él, con la ayuda de su gracia. Así se va haciendo el hombre nuevo, semejante a Jesucristo, que lleva a vivir en el Espíritu. Esta relación con Cristo llegará a la plenitud una vez la muerte haya sido definitivamente vencida. La fe en Cristo, pues, abre unos horizontes insospechados a los creyentes.

En la persona de san Pablo -y lo mismo podríamos decir de la de san Pedro- vemos la transformación que Jesús opera en la persona que le deja entrar en la propia vida y las perspectivas que le abre. Son perspectivas de horizontes eternos, pero también de comunión fraterna. Porque la vinculación con la persona de Jesucristo nos inserta cada vez más intensamente en su cuerpo espiritual que es la Iglesia. Eso es así

porque la opción personal por Jesucristo y su Evangelio lleva a pertenecer por gracia (Rm 11, 5) a la asamblea convocada por Dios en su Hijo y que se encuentra dispersa por toda la tierra, en comunidades enriquecidas por los dones del Espíritu.

Algunas de estas comunidades fueron fundadas por san Pablo mismo. Estos últimos días hemos oído hablar de su posible estancia en Tarragona y, por lo tanto, de cómo este Apóstol habría contribuido a arraigar la fe cristiana en nuestra tierra. Sea lo que sea de esta venida, sí que podemos decir muy bien que todavía hoy día san Pablo nos ayuda a crecer en la fe, a identificarnos con Jesucristo y a construir la Iglesia; lo hace por medio de sus cartas proclamadas en la liturgia y meditadas por tantos cristianos y cristianas haciendo de ellas una lectura orante.

La solemnidad de los apóstoles san Pedro y san Pablo así como el inicio del año dedicado a éste último nos invitan a profundizar la fe en Jesucristo, *el Mesías, el Hijo de Dios vivo* (Mt, 16, 16) y a identificarnos cada vez más con él, teniendo sus *mismos sentimientos* (cf. Fil 2, 5). Sólo a partir de una vivencia intensa de nuestra relación con él podremos perseverar viviendo como cristianos en nuestra sociedad plural que a menudo tiene dificultades para comprender sin prejuicios el hecho cristiano.

Esta profundización de la fe en Jesucristo nos tiene que llevar, también, a intensificar nuestra conciencia eclesial. A veces algunos hechos concretos y pertenecientes a la dimensión más humana de la Iglesia nos pueden desviar de aquello que es su realidad más profunda de comunidad cristiana donde el Espíritu nos alimenta para que vivamos de Cristo y para Cristo. Necesitamos fortalecer los vínculos de comunión eclesial, de comunidad fraterna en la cual desde diversos ministerios y servicios nos ayudamos los unos a los otros a testimoniar la verdad del Evangelio. La unión de los cristianos querida por Jesucristo (cf. Jn 17, 11) no tiene que ser solamente un movimiento para restablecer la comunión entre las diversas Iglesias separadas por cuestiones doctrinales e históricas, sino que tiene que ser, también, un movimiento que trabaje en el interior de la Iglesia católica misma para hacer crecer la concordia y superar las suspicacias. De esta manera, también nosotros podremos librar *un buen combate*, y conservar *la fe* hasta acabar *la carrera* en este mundo y disfrutar, por gracia divina, del Reino eterno. La Eucaristía, que hemos recibido de la tradición de los apóstoles, nos ayuda y nos lo anticipa.